



## LA RENEGADA DE VALLADOLID

Relación de una joven natural de Valladolid, la que siendo cautiva negó la ley de Nuestro Señor Jesucristo, la cual se casó con el Bajá y tuvo con él dos hijos, y el arrepentimiento de esta mujer.

### PRIMERA PARTE

En Valladolid vivía una dama muy hermosa, y su padre la tenía bien ataviada y honrosa.

Esta tenía un hermano en gramática sapiente aunque joven, buen cristiano: siervo del Omnipotente. A Valladolid llegó de paso para Turquía, un capitán que eligió nuestro rey para Bujía. El capitán se hospedó en frente de la doncella,

y al instante que la vió se encendió en amores de ella. El capitán la enviaba muchos billetes y cosas, y también la presentaba ropas y joyas preciosas. La doncella le rogaba que en tal cosa no pensase, y mucho le suplicó que la puerta no rondase. Que es doncella muy honrada, de buena línea y parientes, que sería murmurada y afrentada de las gentes.



el capitán encendido  
uo tan hermosa doncella,  
prometió ser su marido  
y de casarse con ella.  
La doncella consistió,  
con tal que con ella case:  
una noche la sacó  
sin que nadie lo pensase,  
A Bujía la llevó  
lleno de amor y ternura,  
mas presto les derribó  
la fortuna sin ventura.  
Y es, que los moros entraron  
á Bujía con presteza,  
y entre los presos hallaron  
esta dama de lindeza.  
Y como el bajá la vió  
hermosa, moza y compuesta,  
para sí la reservó  
como la vió tan honesta.  
Metióla luego en el buque  
y á su tierra la llevó,  
y antes de desembarcar,  
de amores la requirió,  
y no la pudo vencer  
por más que la importunaba,  
diciendo no me has de ofender  
aunque yo sea tu esclava.  
Basta mi terrible pena  
y tristísima prisión,  
sujeta á vuestra cadena  
y ausente de mi nación.  
El moro la regalaba,  
dándole buenas comidas,  
y de amores la trataba,  
con palabras muy sentidas,  
dijo un día que negase  
á Cristo Santo Agnus Dei;  
y que con él se casase,  
pues era buena su ley.  
Que más vale que reciba  
la religión mahometana,  
que no verse así cautiva  
y sujeta en tierra extraña.  
Con juventud y riqueza  
renegó de aquel tesoro;  
de Jesús Suprema Alteza,  
y se casó con el moro.  
Veintiseis años estuvo  
metida en la mala secta;  
del moro dos hijos hubo,  
como infernal mahometta.  
Estaba tan apartada

de Cristo y de sus tesoros,  
como si fuera engendrada  
y nacida en tierra de moros.  
Como el Señor Soberano  
se puso en la cruz por todos,  
un sacerdote su hermano,  
le envió por ciertos modos.  
Y es que el clérigo venía  
de Roma por viajar  
con otros en compañía,  
y se puso á navegar.  
Diez galeras le salieron  
de moros por buena cuenta,  
el navío les rindieron  
y cautivaron noventa.  
El clérigo fué llevado  
por la fuerza á Mahón,  
y fué puesto en el mercado,  
donde se vendió á pregón.  
El marido de su hermana  
que era cuñado, el moro,  
le compró aquella mañana  
y pagó con cequifes de oro.  
El moro no conoció  
el esclavo que compraba,  
y á su mujer lo llevó  
sin saber lo que llevaba.  
Habiendo Jesús juntado  
los que bien se querían,  
hartas veces se han hablado,  
pero no se conocían.  
Ni ella conocía á él,  
ni él tampoco á su hermana;  
dábale vida cruel,  
como propia renegada.  
Tres años y algunos días  
sirvió el clérigo á su hermana,  
hasta que el Sacro Mesías  
les abrió la senda llana,  
y es que el clérigo con celo  
á la Virgen cada día  
le rezaba por consuelo  
su rosario en alegría.  
Todas las noches estaba  
tres horas justas cabales,  
con devoción rezaba  
los salmos penitenciales.  
Una noche le acechaba  
la hermana por ver que hacía,  
y reparó como oraba  
á la gloriosa María.  
Con entrañable deseo  
le dice: ¿de dónde eres?

responde, no estés turbado.  
¿tienes en tu tierra haberes?  
que si lo tienes y quieres,  
bien puedes ser rescatado.  
¿Eres casado mezquino?  
¿Tienes hijos ó mujer?  
Respondió: con Dios divino  
soy desposado aunque indigno,  
y en él pongo mi querer,  
y la sagrada María,  
es mi esposa y abogada.  
La renegada decía  
poniéndose incomodada:  
quítate de esa porfia  
que tu ley no vale nada.  
El buen clérigo calló;  
y otra vez le preguntaba,  
que cual oficio aprendió  
y de donde era de España;  
respondió muy puntual,  
no con placer ni con risa;  
es mi oficio celestial,  
soy sacerdote de misa;  
cada vez que misa digo  
se baja Dios á mis manos;  
es el sustento y abrigo  
de los leales cristianos.  
Díjole: ese tu oficio  
en tu tierra es muy tenido,  
oficio que quita vicio,  
de oficios el más subido.  
Razón tienes de alabarlo  
y también sabras ahora  
que no volverás á usarlo  
si no hay quien te socorra.  
¿En qué villa ó qué lugar,  
ó en qué tierra te has criado?  
no me niegues la verdad.  
Respondió con humildad:  
Dejadme, ¡triste de mí!  
con mi pena y mi prisión,  
que no sé donde nací;  
dejadme por el Señor.  
—No me lo quieras negar,  
dilo ahora por mi amor,  
que aunque me ves aquí ahora  
turca, en Valladolid  
he sido rica y señora.  
Y como el clérigo oyó  
su buena tierra nombrar,  
las sus megillas regó,  
y principia á suspirar,  
diciendo has redoblado

mi dolor grave y crecido,  
que la tierra que has nombrado  
es do fui criado y nacido.  
Comenzó á consolarle  
y aplacar su llanto y lid,  
y preguntarle en que calle  
vivía en Valladolid.  
Respondió con gran dolor,  
con aflicción y zozobra:  
vive mi padre y señor  
en la calle de la Obra.  
Conoces á los Rosales,  
gente rica y principal?  
Dijo: ya doblas mis males,  
esos son mis tños carnales,  
y no saben de mi mal.  
La renegada que oyó  
las buenas señas que daba,  
al hermano conoció,  
y aunque disimuló,  
el corazón lo lloraba.  
No hay contento que la cuadre  
más que ver su buen hermano;  
y le dijo: di ¿tú padre  
cómo se llama y tu madre?  
y tu nombre dime llano.  
Llámase Juan de Acevedo  
el mi buen padre y señor;  
y mi madre Leonor,  
por apellido Salcedo  
y yo me llamo Melchor.  
—Una hermana has de tener  
harto galana y hermosa;  
dí, Melchor, ¿qué se fué á hacer?  
¿es casada? ó religiosa?  
El clérigo respondió  
diciendo se fué perdida;  
no saben quien la llevó  
ni á que provincia fué ida.  
La hermana se desmayó  
recordando su maldad;  
pero el hermano creyó  
fuese alguna enfermedad.  
El moro no estaba allí,  
que con sus hijos fué á caza:  
y vuelta ella en sí,  
á su buen hermano abraza.  
y suspirando decía:  
Abraza á la desdichada  
Agueda de Acevedo,  
la perdida y desastrada;  
yo soy tu hermana que estaba  
para monja religiosa;



¡oh buen Jesús tú me lavas,  
que estoy de cieno lodosal  
mi Dios dame tu concordia,  
acógeme á tu rebaño;  
más es tu misericordia  
que mi pestifero daño.  
Veintiseis años cabales  
¡oh mi Dios! que te negué,  
y en los bienes temporales  
á mi alma encenagué.  
Las ropas de terciopelo  
y de muy fino damasco,  
las arrastra por el suelo,  
y al mundo le pone asco.  
La oveja que era perdida  
ya se vuelve al buen Pastor,  
la duele la gran caída  
y la ofensa del Señor.  
Decía: Rey eternal,  
yo te bendigo y alabo,  
que por restaurar mi mal,  
mi propio hermano me envías  
y fué para que entendiese  
mi alma iba perdida:  
y á ti mi Dios, me volviere  
á gustar tu pan de vida.  
El clérigo como vió  
que era su hermana carnal,  
á Dios muchas gracias dió,  
y de rodillas se hincó  
diciendo: Dios eternal,  
pues tomaste carne humana,  
por todos los pecadores,  
Señor, perdona á mi hermana.  
Asímismo confortaba  
á su hermana y la refía  
que con un canto se daba,  
el pecho se lastimaba,  
y de sí no se dolía.  
Llorando decia: ¿Dónde  
iré á publicar mis pecados?  
Mi buen Jesús, perdonadme  
mis grandes yerros pasados.  
Mi ánima pecadora  
presento, Dios, en tus manos,  
y la Virgen mi Señora  
sea mi guarda y guiadora.  
Decidme, Virgen María;  
¿cuándo cobraré el salario  
que antes yo ganar solía  
rezando vuestro rosario?  
El día que yo rezaba

ganaba por mil tesoros,  
mi alma se consolaba,  
y ahora la tengo esclava,  
cautiva en tierra de moros.  
Quiso Dios que fué elegido  
muy lejos de aquella tierra,  
por capitán su marido  
para ir á cierta guerra;  
sus hijos llevó consigo,  
que eran ya de buena edad.  
Permitió su Majestad  
que un hijo de un mercader  
que estaba en cautividad  
viniéronle á rescatar.  
y la dueña tuvo modo  
para poderle hablar  
y dióle para sacar  
pasaporte para todos.  
Los cuatro juntos se fueron  
hasta la ciudad de Roma,  
y perseguidos no fueron  
de la gente de Mahoma.  
Estando en Roma decía  
ante el Papa y humillada:  
¡Oh padre espiritual  
sáname que estoy dañadal  
Pues estoy en tu presencia,  
óyeme, pastor sagrado.  
y dame la penitencia  
conforme á mi gran pecado.  
Que si Dios me castigara,  
conforme á mi gran error,  
no es nada aunque me quemara  
en vivas llamas de ardor.  
La dama se confesó  
y arrepentida de veras,  
el Redentor la libró  
de las infernales penas.  
Plegue á Jesucristo, humanos,  
que lavemos la conciencia,  
sirviendo como cristianos  
á la suma Omnipotencia:  
Y aquí el poeta humillado  
en la otra parte promete  
con el auxilio divino  
decir el fin penitente  
de esta inclita matrona,  
de Valladolid descendiente,  
y de sus amados hijos,  
convertidos ciertamente  
á nuestra religión santa  
por sus lágrimas prudentes.